

La Universidad salda su deuda con los escritores leoneses

F. FERNANDEZ / E. OTERO

Reportaje Gráfico MAURICIO PEÑA

El acto fue solemne, conforme a las antiguas costumbres medievales que imperan en la institución universitaria. Reunidos el rector leonés y su séquito en el Aula Magna, hubo que ir a buscar a los cuatro candidatos que iban a recibir el doctorado honoris causa: Antonio Pereira, Ramón Carnicer, Antonio Gamoneda y Eugenio de Nora y a sus padrinos.



Se hizo el silencio y comenzaron los discursos y la investidura, significada en «el birrete laureado, el anillo, el libro de la ciencia, los guantes blancos y la medalla». El rector, Julio César Santoyo, recordó cómo hace ahora casi diez

años, en dos ceremonias casi idénticas, se incorporaron al claustro de la Universidad de León (ULE) cuatro relevantes hombres de letras: Emilio Alarcos, Valentín García Yebra, Ricardo Gullón y Victoriano Crémer.

«La Universidad vuelve hoy a vestirse de gala para recibir en su claustro a otros cuatro hombres de letras y pagar con ello, si con ello se puede pagar, una gran deuda de reconocimiento a toda una generación de escritores leoneses, póquer de ases de la literatura del siglo XX», señaló el rector en su discurso.

Tras resaltar los numerosos y variados galardones obtenidos por los cuatro escritores a lo largo de su trayectoria, el rector subrayó que «hoy no celebramos otra cosa que vuestra dedicación al arte de la palabra bien trabada y bien escrita, por eso no cabe extrañarse de que el Departamento de Filología

Hispánica propusiera vuestro nombramiento al claustro de doctores y que ese Departamento se regocije con vosotros en este día de fiesta mayor, y con él se congratule toda la Universidad de León».

Ante unas 200 personas, entre familiares, amigos, profesores y representantes de la vida social, política y cultural leonesa, los tres escritores leoneses -faltaba Carnicer, quien no pudo asistir al acto por problemas de salud- y sus padrinos también leyeron los discursos preparados para la ocasión. El momento más esperado era, sin duda, el de las intervenciones de los nuevos doctores. Fueron bien diferentes, como distintos son ellos.

Pereira se mostró directo, ingenioso, irónico. Su intervención fue como uno de sus cuentos y el público se le entregó al final como lo hacen cuando recita La rusa.

Gamoneda tuvo momentos en los que llevó a las butacas casi un escalofrío, como cuando declaró su amor a León, «atravesado, es cierto, por algún desamor», y recordó algunos pasajes de su vida en esta ciudad: «En León vivió años de desamparo mi madre y en León murió cogida de mis manos; en León se ha creado mi memoria y mi sensibilidad se ha impregnado de su luz y su paisaje; en León he gozado y he sido, a veces, feliz».

Recordó a su único maestro, Jorge Pedrero, «mi amigo mayor, obrero grabador del vidrio, pintor artístico, marxista, suicida. No pudo soportar su propia lucidez».

De Nora fue más fiel al marco académico y pronunció una mini conferencia sobre la creación poética, sobre su visión de la llamada poesía de la experiencia y su adscripción a la teoría de que poesía es comunicación.

«La vejez sólo se comprende cuando se llega a ella», afirmaba Carnicer en su discurso leído por el Decano de Filosofía, José Luis Chamosa, para explicar su ausencia. Un discurso fiel al compromiso del escritor berciano quien volvió a pedir «la lucha ideológica, desde la libertad, frente a la primacía de lo económico». También tuvo un recuerdo para el talante de la Institución Libre de Enseñanza y la Fundación Sierra Pambley, se declaró ciudadano del mundo frente a los nacionalismos y un ser «solidario con todos los seres humanos». Gaudeamus igitur...

